

MAXIMO JOSE KAHN

## Yehudá Haleví a las Puertas de Jerusalén

En una tarde de otoño del año 1141 se entreabrió la verja de bronce roída por su escamosa pátina, del palacete bajo, semiderruido y ennegrecido que yacía sobre una eminencia delante de Jerusalén y en que se alojaban la hija mayor del difunto Rabí. Eliezer, Yojebed, el adolescente discípulo musulmán del Rabí, Abul Hachchach y una pareja de criados viejos.

Sin que se vieran los brazos o manos que los tiraron a través de la brecha entre las dos alas de la verja filigranada, fueron lanzadas alfombras, tapices y almohadones desde el interior sombrío del palacete al estrado agrietado y quedamente iluminado por el sol. Las alfombras, los tapices y los almohadones empezaron a erigir un cúmulo, sobre el que se posó la sombra de las arabescas de la verja. Al poco rato cayeron rollos de pergamino sobre el cúmulo y al fin los dos batientes de la verja se abrieron totalmente empujados por un par de brazos musculosos y jóvenes. Sobre el fondo sombrío del interior del palacete apareció la figura titilante de Abul Hachchach.

El interior del palacete emanaba frescor. Abul Hachchach se encontraba envuelto en una nube de perfume de clavel.

El joven musulmán se desperezó, se bañó laboriosamente en el sol de otoño y se dejó caer sobre el montón de alfombras, tapices, almohadones y rollos. Tumbado boca abajo, empezó a examinar los pergaminos. Algunos los tiró al aire, sin apenas desenvolverlos. Otros

los apartó luego de echar una mirada fugaz sobre su texto. Cargado de desprecio, un volumen tras otro desapareció entre los repliegues de los bultos amontonados. Al fin quedaron al alcance de las manos de Abul Hachchach tres columnitas de pergamino manchado. Las manos de Abul Hachchach estaban cuajadas de sortijas y anillos. Las tres columnitas de pergamino eran pesadas y las brisas de la tarde jerosolimitana no las movieron entre los tejidos multicolores ya ásperos, ya blandos sobre los que descansaban. Se parecían a tres cetros.

El palacete del difunto Rabí Elíezer era la primera casa de Jerusalén. Oblicuamente sumergido en el suelo de roca y arena al que proveía de polvo de mármol, se desmoronaba, extramuros, el final del camino de las caravanas. También para los días de Abul Hachchach y Yojebed era antigua. De su cuerpo bajo e irregular esculpido de un mármol ennegrecido por los estíos, no quedaban en pie sino tres terceras partes; la tierra parecía haber devorado otra parte y otra parte formaba bloques, torsos y fragmentos que sitiaban el palacete como raíces petrificadas de una encina desaparecida. En lo alto se extendía una azotea de balaústres. Balcones poliédricos protegidos contra el sol por enrejados estrechos de bronce verdoso, recordaban palomares.

Abul Hachchach abrió el primer rollo y empezó a leer en alta voz un poco como si predicara a los bloques arquitectónicos y las cactáceas sobre las que saltaban ratas y ratones.

“... Y viendo las gentes, subió al monte, y sentándose se llegaron a él sus discípulos. Y abriendo su boca, les enseñaba diciendo: Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación. Bienaventurados los mansos porque ellos recibirán la tierra por heredad...”

—¡No, no, no! —exclamó luego de llegar a esta última palabra— ¡Esto no es para Abul Hachchach! Abul Hachchach no quiere ser pobre en espíritu, Abul Hachchach no quiere llorar y Abul Hachchach no quiere ser manso. ¡Fuera! ¡Vayamos a lo del muy venerable Rabí Elíezer...!

Y diciendo ésto dejó que el rollo se volviera a cerrar con su crujido de hojas secas. Luego lo tiró al aire.

Detrás del palacete no habían desaparecido islas de una vegetación pomposa: restos de un antiguo parque. Dos palmas datileras altas y erguidas cuyas copas sobrepujaban la azotea baja, parecían reprocharle algo a la claridad borrosa del cielo de Jerusalén. Un desierto arisco y accidentado separaba la primera casa de Jerusalén, de Jerusalén. Las copas de las palmas datileras se movían en el aire lerdo

y aún inclinado a la molicie estival ante el muro, las cúpulas y las torres que bordeaban el horizonte.

Palpando con una mano el pendiente en el lóbulo de su oreja, Abul Hachchach abrió con la otra el segundo rollo. Mientras el sermón anterior se había diluido en una solemnidad sobre la que se cernía algo así como acatamiento, en su nueva prédica alentaba la picardía del jugador que juega inocentemente en falso.

“...Y pondré a esta urbe de Jerusalén por espanto y silbo; todo aquel que pasare por ella se maravillará y silbará sobre sus plagas. Y los haré comer las carnes de sus hijos y las carnes de sus hijas...”

—¡Horror! ¿Cómo le puede gustar tal cosa a Abul Hachchach? —clamó el joven musulmán exhibiendo sus dientes brillantes e interrumpiendo su lectura para declamar todavía la frase siguiente:

—“A este pueblo y a esta urbe los quebrantaré como quien quiebra un vaso de barro que no puede ser compuesto ya...”

—Oh, mi muy venerable Rabí Eliezer —declaró Abul Hachchach suspirando y haciendo titilar sus sortijas al sol. ¡Comer las carnes de las hijas de Jerusalén...! ¿Cómo Abul Hachchach puede amar a alguien que habla de la ciudad de Abul Hachchach como si fuera la suya y que amenaza con arruinar en su iracundia mal contenida el lugar de mis recreaciones? El no se domina y pide que se dominen los demás... Oh, Mahoma ¡único profeta amable entre los profetas! ¡El juego de Abul Hachchach termina como ha de terminar. Abul Hachchach nació para vivir dichoso y, si no, para jugar a la dicha y, si no, para soñar con la dicha y, si no, para...

A cierta distancia del palacete fundido mediante sus ruinas escabrosas con la tierra seca pasaban de tarde en tarde caravanas de camellos nutridas o pobres, mercaderes, peregrinos, monjas y monjes, judíos, mutilados, pastores con sus rebaños y altivos caballeros cruzados. Pasaban leprosos. Toda figura se deslizaba envuelta en polvaredas.

Abul Hachchach extendió delante de sí el último de los tres rollos cuidadosamente reservado para el fin y pregonó:

—“...Os es permitido yacer en la noche del ayuno con vuestras hembras. Ellas os son una vestimenta y vosotros les sois una vestimenta. Alá sabe que os habéis engañado a vosotros mismos y os perdona. Comed y bebed hasta que podáis distinguir en la aurora un hilo blanco de un hilo negro...”

El joven musulmán no tenía lágrimas en los ojos, pero sus ojos

brillaban como bañados en el esmalte de los ceramistas y sus carrillos parieron hoyuelos que se parecían a caracoles.

—¡Oh, surá La Vaca —murmuró—, siete veces perfumada y revelada en Mediná la Bendita en nombre del Alá de la misericordia y de la conmiseración....! Abul Hachchach no dejará de ser musulmán ni en el día en que los hombres sean como polillas desparrramadas y las montañas como lana multicolor y en que el sol quede doblado como un paño de seda....

Declamando Abul Hachchach había divisado en el horizonte un punto que se movía hacia él. Se puso a observarlo y al poco rato lo identificó con la hija menor del difunto Rabí Eliezer, Susana. Durante unos instantes se preguntó a sí mismo si le convenía ceder a su perplejidad o permanecer inmutable. Al cabo de los instantes se decidió por lo último.

Esto era más difícil que hacer vencer, con rollos expresamente escogidos, el Corán sobre el Nuevo Testamento y la Torá.

Susana no podía pisar el palacete. Susana era meretriz. A los catorce años se había ido a las meretrices. Había pasado un año. Cuando Rabí Eliezer murió, no preguntó por ella en su lecho mortuorio, y Yojebed que hacía de hijo de Rabí Eliezer porque el Rabí deseaba en vano tener hijos varones, no habló de ella en la hora de la agonía. Para el Rabí Eliezer y su hija Yojebed que estudiaba la Torá, la Mishná y el Talmud como si fuera un rabí joven y como si pudiera decir sobre la tumba la oración para los muertos reservada a los varones, Susana había dejado de existir sin haber muerto. Susana no había muerto para su padre y su hermana, porque los muertos judíos viven entretejidos en el cariño de los sobrevivientes judíos. Susana no vivía sino en el olvido de su hermana sobreviviente lo que equivalía al no haber nacido.

—Uno, dos, tres... —dijo Abul Hachchach mientras sus labios obstinados de adolescente temblaban porque les costó permanecer impávidos ante la aparición rara—. Viernes, sábado, domingo... Por fortuna no son más. Alá cerró los ojos del muy venerable Rabí Eliezer y así sus saquitos lagrimales rugosos ya no exhortaban a Abul Hachchach a trocar una creencia galante y coqueta contra otra, triste. ¡Qué bien estaríamos mis dulces amigas y yo si pudiéramos holgar en palacios espléndidos en vez de hacernos sangre en los picos de la devastación causada por el dios del muy venerable difunto Rabí Eliezer...!

Para no tener que asombrarse a muerte ante esa Susana que fué acercándose con pisaditas vehementes, Abul Hachchach empezó a recoger los rollos tirados y a enterrarse en su lectura con fingido interés.

La curiosidad le escocía en los párpados como un polvillo que los hubiera invadido. Sin embargo no los abrió siquiera cuando oía clamar a Susana con gemidos —¡Abul Hachchach! ¡Abul Hachchach!

Las pestañas negras, balsámicas y radiantes del adolescente musulmán vibraban como hilos de una tembladora. Sin levantarlas vió la vestimenta deliciosamente veleidosa de dulcísima seda marfil, rajada desde la cadenita del tobillo hasta el talle. Corriendo con pisaditas excitadas, Susana había recogido todo lo que cabía del tejido espumoso, sobre su brazo. Esto Abul Hachchach no lo vió, porque no vió a Susana realmente. La adivinó por sus gritos, por su respirar emocionado y emocionante, por el crujir de sus sandalias sobre la arena rocosa, por el tilín-tilín de su cadenita del pie de la que colgaban monedillas y por su propia imaginación encendida.

—Pero ¡Abul Hachchach! !—gritó Susana deteniéndose entre los bloques erráticos y ordenando, semiasfixiada, sus bucles rubios y espumosos, con dedos revoloteantes.

Abul Hachchach hizo como si no oyera. Se puso a contemplar su dedo índice doblado en el que lucían dos sortijas, una a cada lado del nudillo. Sus ollares aleteantes aspiraron el perfume de clavel de su propio cuerpo y de su jaique. Al fin fingió despertar de su sueño de sabiduría y levantando lentamente sus pestañas grasosas, dijo amorrorado:

—Ah ¡eres tú, Susana. . . .!

—¡Como si esto fuera una cosa sin importancia! —dejó oír Susana aun con silbidos en el hálito.

—Nosotros, los hombres —respondió Abul Hachchach bostezando— damos importancia a la mujer mientras nosotros no la tengamos.

—Y tú la tienes ahora.

—La tengo desde hace unos minutos —dijo Abul Hachchach levantando la cabeza y exhibiendo de nuevo sus dientes niveos—. Hace unos minutos decidí dedicarme al estudio del Corán.

En la cueva bucal de Abul Hachchach fulgían cinco o seis brillantes minúsculos incrustados en las puntas de su dentadura.

—La decisión sola no da erudición —replicó Susana.

—Ya tengo la necesaria para darte un consejo. —observó Abul Hachchach.

—¿Cuál?

—El de desaparecer como apareciste.

—Este consejo no lo seguiré.

—Te daré otro ¡Suicídате!

—¿Por qué?

—Porque debe ser más agradable exhalar el último suspiro entre tus manos modeladas de muselina que entre los dedos huesudos de Yojebed.

Y al poco rato añadió:

—Las manos de Yojebed!... Hace ya veinte años que están en el mundo.

—He venido aquí para que Yojebed me bendiga —dijo Susana.

—¡Te has vuelto demente! —chilló Abul Hachchach.

—Amo —dijo Susana.

—Psh... Tú amas y yo estudio el Corán. Cada uno atiende a su oficio.

—Amo. Me enamoré. Estoy enamorada y soy ángel.

Abul Hachchach se incorporó.

—Yo te quemé con mi amor —chilló, altivo.

Susana abrió su boquita de niña-meretriz sin hablar. Luego balbuceó:

—Tú sí te volviste demente, sin enamorarte... ¿Cómo voy a fijarme en tí? Cuando niña, protegí tus amores de ciempiés porque eras mi hermanito que no tengo.

Abul Hachchach se levantó de las alfombras y almohadones.

—Voy a llamar a Yojebed para que te eche —dijo.

—¡Llámala! Me bendicirá. Lo sé.

Abul Hachchach volvió a contemplar su dedo índice doblado, como se observa el fiel de una balanza.

—¿Quién es *él*? —preguntó.

—Puesto que tú no eres mi *él*, ¿qué te importa el resto?

—De todos modos me los dirás. Siempre os enamoráis para que os tengan envidia.

Susana no contestó.

—Una vez enamoradas, lloráis y contáis... —continuó Abul Hachchach— el muy venerable Rabí Elíezer murió. Eres huérfana. La huérfana necesita un tutor.

—No de su propia edad.

—La edad no tiene importancia. Soy el único hombre entre vosotras.

—Eres un muchacho... El sí es hombre. El será mi tutor.

Abul Hachchach empezó a pasearse a lo largo del estrado compuesto de ruinas.

—¿Quién es *él*? —preguntó.

—Siempre tienes que arder en algo —dijo Susana—. Si no ardes en amor, ardes en curiosidad.

- Puedo arder también en odio —observó Abul Hachchach.
- Llama a Yojebed ¿quieres? —dejó oír Susana sentándose en una piedra.
- Entra en la casa, si te atreves.
- No me atrevo —confesó Susana maullando como una gatita— ¡Ayúdame! ¡Explicáselo a Yojebed! ¡Dile que salga a recogerme en sus brazos!
- En sus brazos de espantapájaros... Si tu amor es vivo, no necesitas otra bendición.
- No iré con *él* a Sefarad con una maldición sobre mis ojos como única dote.
- Posees más alhajas que briznitas de vello.
- Esta mañana lo dí todo a los pordioseros para que orasen por mí.
- Para que te descarguen de tus pecados. ¡Arrepiéntete! Esto es mejor.
- El arrepentimiento es malo. Sacrifiqué lo que tenía para que él no se arrepintiera para que me permitiese acompañarle a Sefarad
- Eres supersticiosa como todas las meretrices.
- Fuí meretriz y fuí supersticiosa. He vuelto a ser hija menor del Rabí Eliezer al que el Señor del Mundo tenga a su diestra. Soy pura.
- Esto ya no es superstición. Esto es languidez.
- De rezago, me convertí en corazón.
- ¡Un milagro!
- Sí. *El* hace milagros.
- Viene de Sefarad. Un peregrino como los demás.
- Un peregrino distinto a todos los demás. Mil años pasarán hasta que entre en Jerusalém otro como él.
- Abul Hachchach se meció en la cintura. Con la lengua abombó el carrillo.
- Anoche vino de la costa cargado de los regalos que le hicieron los príncipes israelitas de Egipto —continuó Susana—. Me lo dió todo para que lo dejase reposar en mi casa. Vino exhausto. Me lo dió todo y yo lo dí todo a los pordioseros.
- Con tantos regalos hubiera podido hacerse traer en una litera.
- Vino exhausto de temor de no llegar a Jerusalén.
- ¿Qué va a hacer en Jerusalén?
- Llorar ante el Muro de los Lamentos.
- ¿No lo digo? Un peregrino como los demás.

—Verás cómo sus lágrimas arrancarán lágrimas al Muro. Puedes acompañarlo.

—Alá nos preserve ante tamaña señal contra natura. ¿Qué hizo para enamorarte?

—Nacer.

—Algún día morirá.

—Moriré con él. Por poco me morí esta mañana, a la hora del amanecer, cuando se fué. Abrí la ventana. Se había ido sin que yo lo notara. Entraron en mi alcoba la primera claridad del sol, el primer frescor del día nuevo, el primer arrullo de las palomas y el sonido de las últimas pisadas de él.

—Encontrarías la cama aún salpicada de pistachos.

—El reposó en mi lecho y yo reposé delante del lecho en la alfombra.

¿Ronca, durmiendo?

—Inmediatamente antes de salir el sol, me venció el sueño. Durante toda la noche me habló, lentamente, pausadamente, con una voz que parece ascender hacia nosotros de los valles, debajo del mar. Desde el primer día de la Creación hasta el instante en que él cayó rendido sobre mi lecho, no ignoro ya nada de lo que sucedió en las cuatro partes del mundo.

El viejo criado del difunto Rabí Elézer se arrastró sobre las baldosas quebradas. Le dijo a Abul Hachchach que Yojebed deseaba verlo. Abul Hachchach declaró que iría pronto.

El viejo Jonatán descubrió a Susana y se estremeció. Precipitadamente se retiró al interior sombrío del palacete, como para no tener que ver por más tiempo, lo que tendría que callarse por siempre.

—Dile lo que te conté. Dile que salga a recogerme en sus brazos —rogó Susana.

—¿Cuándo volverás a ver a tu prometido de España? —preguntó Abul Hachchach encogiéndose de hombros.

¿Mi prometido? Mi tutor. Tal vez tenga sesenta años.

Abul Hachchach pegó un salto como haría el saltimbanqui milagrero de una banda de beduinos.

—Su barba es grisácea, en sus mejillas de mostaza hay hoyos y el marfil de sus ojos ya está vetado —dijo Susana.

—No te enamoró. Te hechizó.

—Sí —respondió Susana—. La regia red del hechizo de Israel cayó sobre mí. Soy Moisés, soy Ruth, soy los profetas y soy el rollo de la Torá. Soy el altar de Yahvé. Ve a anunciarme a Yojebed. Dile a Yojebed: El altar de Yahvé está delante de tu casa.



Atónito Abul Hachchach se volvió hacia el portal.

Apareció Yojebed y preguntó:

—¿Por qué no vienes cuando se te llama, Abul Hachchach? Si no te gusta obedecer, no me gustará a mí dejar vivir bajo mi techo a un infiel.

Abul Hachchach no contestó. De reojo miró hacia la piedra que había servido de sitial a Susana. Susana había desaparecido.

—No necesito desobedecer —respondió por fin—, pero no puedo obedecer en el acto. Cuando se me da una orden tengo que dejar transcurrir un tiempo. Entonces la orden se convierte en una ocurrencia mía, propia, y ya no me humilla.

Yojebed apretó sus labios de mujer alta, delgada y sombría.

—He oído decir que arribó a las costas de Canaán el poeta de nuestras generaciones —dijo con voz sin tono.

—¿Es musulmán? —preguntó Abul Hachchach con beatería coqueta.

—Los poetas musulmanes son pintores o escultores o arquitectos de la poesía. . . . El que vino, nació en Toledo, de España. Toledo es una voz hebrea y significa: *generaciones*.

Los dedos de Abul Hachchach se balanceaban en el aire como flores lacias en sus manos.

—¿De dónde viene la noticia? —preguntó.

—Sí. . . . —respondió Yojebed—. Debería haber venido de tí. Jonatán me la dió. Como Jonatán es viejo y tembloroso, su noticia es también tambaleante.

—¿Cómo se llama ese poeta?

—Se llama Yehudá ben Samuel ben Samuel Haleví.

Abul Hachchach buscó con la mirada a Susana que se había agazapado detrás de su piedra.

Las piedras diseminadas en torno del palacete se parecían a borregos y aun a arcaicos toros de piedra y aun a las nubes del cielo otoñal del atardecer que se cernían sobre ellas.

—¡Búscalo! —dijo Yojebed—. Para llevar a cabo mi orden puedes esperar hasta creer que la realizas por tu propio impulso.

—Baja conmigo, Yojebed! —clamó Abul Hachchach.— ¡Vamos a buscarlo juntos! ¡Consíenteme un instante de felicidad!

—¿En qué podría consistir ese instante de felicidad? !—preguntó Yojebed.

—En sentir cómo al andar tus muslos se mueven en el mismo ritmo que los míos.

—Haré que Jonatán te tire al pozo muerto —dejó oír Yojebed volviéndose hacia el portal.

—¡Quédate un instante! —rogó Abul Hachchach.

—¿Para qué?

—Para que me veas arder en las chispas de tu iracundia.

Fué como si Yojebed arrojara saliva a la cara de Abul Hachchach cuando gritó siseando:

—¡Infiel!

—¡Te equivocas, Yojebed! —dijo el joven musulmán—. No te soy infiel.

Yojebed entró en la casa.

El sol empezó a descender sobre las dos palmas datileras y sobre lo que se veía del muro, de las cúpulas y las torres de Jerusalén.

La meseta yerma y arisca crujía quedamente y los ratones salidos de los sótanos silbaban.

Susana surgió entre los bloques de ruina que circundaban los balcones poliédricos y enrejados.

—¿Por qué no le dijiste que bajase a recogerme? —preguntó.

—Habías desaparecido —respondió Abul Hachchach meciéndose en la cintura.

—Para que se lo dijese.

—No quiso acompañarme.

—Porque heriste su pudor.

—¿Qué otra cosa debí herir?

—¿Hubo que herirla?

—La amo con toda mi concupiscencia, aun más que a tí.

—Y ¿a cuántas amas aún más que a ella?

—Mi corazón está dividido entre su opulencia y su recato. Soy musulmán.

—Eres lo que yo fui: fui meretriz. Pero he vuelto a ser una doncella de Israel, hasta siempre jamás.

—Me hieres salvajemente, Susana.

—¿A lo mejor te amo? —clamó Susana con una sonrisa sutil. Abul Hachchach saltó entre los balaústres caídos del estrado.

—Iré a buscar a ese israel —dijo.

—Esto no es necesario —respondió Susana.

—¿Por qué no?

—Porque vendrá aquí.

—¿Te lo prometió?

—Una promesa fué mencionada —dijo Susana titubeante, con un dedo en la boca.

—¿Cuál?

—Cuando él se había ido, rogué a mis palomas que le inspirasen la promesa de llevarme a Sefarad.

—¿De dónde sabes que vendrá aquí? —preguntó Abul Hachchach, impaciente.

—De mis palomas —dijo Susana.

Y diciendo esto se estiró sobre el lecho duro que le ofrecía la piedra caída en el pasado de los tiempos. Las brisas del atardecer jugaban con los echarpes vaporosos que se entrecruzaban alrededor de su torso arqueado. Susana no era como un altar, pero sí como una víctima preparada para el sacrificio.

Una ola de calor impropia del otoño refrescante se deslizó sobre el palacete chato e inclinado como un bajel.

—La mujer que le pueda seguir a Serafad —dijo Susana hablando hacia el cielo bajo con una voz que parecía salir de su dulce papada de doncella yacente —ya no se mirará a sí misma ni al joven pastor que se sienta con la siringa debajo del olivo... Su frente nos recuerda las ánforas altas y esbeltas de las madres de nuestras madres.

Abul Hachchach se pasó la mano por su turbante.

Susana continuó hablando como en sueños:

...No me ruegues que te deje y que me aparte de tí, porque dondequiera que tú fueres iré yo y dondequiera que tú vivieres viviré... Donde tú murieras, moriré yo y allí seré sepultada. Así me haga Yahvé y así me dé, que sólo la muerte hará separación entre mi y ti...

La ola de calor se deslizó de nuevo sobre el paraje. Fué como si una bandada de ángeles hiciera sobre el lugar sus idas y venidas.

Abul Hachchach cruzó los brazos sobre el pecho.

—Esto es de vuestro Libro Ruth —dijo.

—Pues cógeme de la mano —siguió Susana susurrando— y llévame hacia el fin del mundo, eternamente...

—Debías haberte quedado en tu palomar de meretriz —dijo Abul Hachchach— para contarles todo eso a tus palomas.

Se produjo un silencio.

De pronto clamó Susana:

—Ahí está él.

Jadeante se incorporó.

Abul Hachchach volvió la cabeza sin volver el torso. Las comisuras de sus labios se distendieron hacia abajo.

Un hombre tocado del manto oscuro de los peregrinos se había postrado en la arena rocosa con ademanes de orar.

—El sol se pone —susurró Susana—. Está pronunciando el *maarib*.

El aliento de Susana parecía hervir. El calor misterioso del instante parecía fluír de sus labios de una niña-meretriz.

—Es un anciano —dijo Abul Hachchach dejando mirar al orante sobre la roca llana.

—Ahora dice: ¡ Señor, hiende mis labios y te diré tus alabanzas! —explicó Susana en voz baja.

—¿ De dónde lo sabes? —preguntó Abul Hachchach—. Sus barbas no tiemblan.

—Lo sé, porque mi seno es su rodilla.

—No rezáis sobre tapices de oración —observó Abul Hachchach—. Dentro de poco, ese patriarca tendrá sus rodillas en sangre.

—Por última vez —respondió Susana en voz baja—. Yo seré su tapiz de oración.

—Llamaré a Yojebed —dijo Abul Hachchach.

—¡ Espera! —rogó Susana.

—Yojebed no te lo va a quitar.

—Hasta la sombra de lanza que proyecta su tronco de peregrino sobre la arena de la tarde me da celos.

—Su sombra es más joven que él. El es un patriarca.

—La doncella judía ama lo patriarcal y su perfume de canela —musitó Susana—. La doncella judía no puede enamorarse de la imagen del Crucificado, porque el Crucificado fué joven cuando murió.

Susana se levantó de la piedra y, de puntillas, se acercó al recinto dentro del que rezó el peregrino.

El tráfico en el camino de las caravanas se volvió más animado y más real. Los labradores y los mercaderes corrieron a recogerse detrás de los muros de la ciudad fuerte, pequeña y apretada.

A dos pasos del palacete del Rabí Elíezer había quedado en pie un puente romano. El arco del puente se parecía a un gato atigrado e hirsuto metamorfoseado en piedra en el momento mismo de saltar. El puente ya no tenía ninguna utilidad, porque ya no existía siquiera el cauce de la corriente de agua sobre la que conducía en sus tiempos. Nadie atravesaba ya el puente.

El peregrino sí lo había atravesado. En su insensatez no había visto o no había querido ver que era inútil atravesarlo: que al bajar del corcovo de piedra tosca, no quedaría vencido sino aquel obstáculo que él mismo se había creado.

Pero gracias a eso fué descubierto por Jonatán. Jonatán corrió hacia el portal y empezó a ahuyentar algo que, a su parecer, podía molestar al peregrino. Fué como si quisiera hacer ascender encima de él al baldaquín del cielo azulado y bajo.

Al poco rato apareció Yojebed en el estrado de mármol y vió a Susana.

Susana echó a correr.

No podía correr, correr, porque la cadenita de oro entre sus tobillos no le permitían saltar.

Yojebed bajó por los escalones ahoyados y quebrados y empezó a perseguirla. Susana se inclinó, hizo estallar la cadenita de sus pies y se puso a jugar al escondite con su hermana mayor. Al fin descubrió un bloque cuyo hueco la sustrajo a la avidez de su cazadora.

Yojebed emprendió todavía una idas y venidas. No acostumbrada a soportar la fatiga del cuerpo, tuvo que abandonar la búsqueda.

Entretanto el peregrino había terminado su oración. Se levantó.

—¡Agua! —dijo, sin moverse.

—¡Entra en esta casa y reposa de las molestias del viaje, señor! —respondió Yojebed.

Abul Hachchach se maravilló ante la estatura del hombre que había venido de Sefarad.

—Voy a Jerusalén —dijo el peregrino.

—Mañana —replicó Yojebed.

—¿Por qué no hoy?

—Es tarde, señor. Llegarás cuando las puertas estén cerradas.

—Dormiré en el suelo, a la luz de los muros.

—¿A la luz? —preguntó Yojebed.

—Los muros reflejarán luz de luna.

—Los centinelas de los caballeros cruzados no te dejarán, señor. Te ofrezco esta casa, que es hebrea. ¿Puede la única hija del Rabi Elíezer ofrecerte algo mejor?

—Sí.

—¿Qué?

—Agua.

El peregrino siguió a Yojebed y Jonatán le sirvió agua en una jarra de barro.

El peregrino la tomó a sorbos lentos y golosos.

Bebiendo descubrió los rollos de pergamino que Abul Hachchach había desparramado sobre las alfombras, los tapices y los almohadones caóticamente apelotonados. Con su gran pie de peregrino los movió.

—Te ruego que no entres en la Jerusalén de los caballeros cruzados, señor —dijo Yojebed.— ¡Queda a mi lado! ¡Enséñame a estudiar!

—Se creería que no eres mujer —respondió el peregrino.

—Estudio como un hombre, pero la iluminación se me resta como

a una mujer. ¡Oh, poeta de las elegías de Israel, autor de aquellos conjuros que ansían por el retorno a Jerusalén, maestro de las oraciones de Templo: haz de mí un rabí puro!

—El agua que diste al peregrino polvoriento y sediento fué pura. ¡Qué premio te doy?

—Díme, para mí sola, el himno que escribiste hoy o ayer o antes de ayer.

El peregrino dejó posar su mano sobre su cinturón. A su mano le faltaba el dedo meñique.

—Esto lo escribí al dejar las costas egipcias y la desembocadura del Nilo —respondió y empezó a decir:

¡Eh cantantes! ¡Cantad su hermosura!  
Y vosotros, tañedores: acompañadlos!  
Las bellas más donairoas de Oriente  
esparcen sus encantos por doquier.  
Ellas no necesitan lanzas para el torneo;  
sus pulidos hombros desnudos les bastan.  
Perezosas hasta para levantar los párpados,  
sus cadenas de oro y sus alhajas colgantes las esclavizan.  
Si los rayos de sus pupilas se cruzaran con los del sol  
oscurecerían su esplendor radiante.  
Las caras de alabastro, los bucles de azabache  
hacen ya de día, ya de noche.  
Envueltas en sus amplias muselinas claras,  
enjoyadas de rizos negros  
que se incrustan en mi corazón  
como las estrellas en el cielo:  
así parece que estás confundiendo  
las mujeres resplandecientes con árboles floridos.  
Sobre el doble collar de perlas de sus dientes  
huelen frescos los corales de sus labios.  
Sus senos son como manzanas rosadas  
y como frescas rosas es su faz.  
Esbelta como sus palmeras, así son sus talles,  
y sobre ellos, la luz y la sombra sueñan.

Susana había abandonado su escondrijo.

—¡No mires! —le dijo Abul Hachchach señalando el camino de la caravana—. ¡Escucha! Alguien tocaba languidamente la siringa.

—Creo que esta noche hay fiesta en Jerusalén. —Continuó Abul Hachchach.

Susana no hizo más que mirar el estrado.

—¡No mires! —repitió Abul Hachchach—. ¡Escucha! Creo que me están esperando en Jerusalén.

Susana respiraba febrilmente.

—Si Yojebed vuelve a verte, te apedrea —dijo Abul Hachchach.

—Quiero que me apedree —respondió Susana con voz sin tono.

—Ahora entran en la casa —explicó Abul Hachchach— El y ella.

—En la casa no entro —murmuró Susana.

—¿Por qué no? —preguntó Abul Hachchach.

—Por las paredes se escurre la maldición que me echó mi padre como agua que cayese del tejado... No entro en la cámara donde él leía, donde escribía y donde estudiaba. Veo los manchones de la maldición.

Abul Hachchach había mal visto, porque el horizonte empezó a no esparcir sino un resplandor débil.

La cabeza de Yojebed tiritaba. Balbuceando preguntó:

—Tú eres Yehudá ben Samuel ben Samuel Haleví?

—Tú lo dices —dijo el peregrino.

—¿Tú escribes elegías, oraciones, plegarias? ¿Tú escribes himnos?

—Todo lo que escribo son himnos.

—¿Cómo puedes cantar los hombros desnudos y los senos de la mujer?

—¿Cómo podría no cantarlos? —respondió Yehudá Haleví— ¿Las dulces lomas del viñedo sí, y los senos de la hembra no?

Yojebed cerró los ojos.

Yehudá dejó posar su mano de cuatro dedos sobre el cinturón.

—¿Tengo yo senos, señor? —preguntó Yojebed.

Yehudá no contestó. Igual que Abul Hachchach prestó oídos a la siringa que sonaba lánguidamente en el anochecer jerosolimitano.

El ojo izquierdo de Yehudá se volvió brillante y ciclópeo debajo de su ceja impresionante.

—Creo que te he visto una vez en sueños —dijo por fin con voz honda y serena—. Cuando me albergué en la Andalucía del Mediterráneo. En mis sueños tuviste los senos jóvenes y audazmente torneados de aquella Ruth que dijo: “Yo soy Ruth tu sierva. ¡Extiende el borde de tu manto sobre tu sierva!

—Sí —dejó oír Yojebed en voz baja—. Esto dijo Ruth.

—¿Por qué no consultas un espejo? —preguntó Yehudá.

—No tengo espejo —dijo Yojebed.

—Tal vez sea por esto por lo que te confundes con un hombre.

—¿No es cualquier espejo un espejo de la vanidad? —preguntó Yojebed.

—¿No puede ser cualquier vanidad un himno? —respondió Yehudá.

Yojebed despegó lentamente sus labios. Luego apartó, vacilante, un pie, como si dibujara, en sueños, una figura de danza.

—Esta noche... —dijo. Esta noche, cuando nadie me vea cerraré todos los libros y quizá encuentre el valor de mirarme en una fuente de metal... o en el pie de una lámpara.

—Cuando hayas cerrado los libros, ora por mí —dijo Yehudá aspirando el aire hasta que sus hombros se levantaron.

—¡Nó! —gritó Yojebed con una sonrisa en que se desafiaban la esperanza, la desesperación y un asomo de demencia. Tú no te vas, señor.

—Me estoy consumiendo de nostalgia —dijo Yehudá.

—¿...De mí...? —susurró Yojebed con voz bronca.

—De Jerusalén —respondió Yehudá.

Se instaló un silencio triste.

—¿...Tal vez quieras ser el pie de mi lámpara, señor...? —preguntaron por fin los labios trémulos de Yojebed—. ¿Tal vez sea yo la Jerusalén que buscabas?

Las preguntas y las respuestas se interrumpieron, porque Jonatán apareció con dos teas encendidas para dejar una en medio del vestíbulo y la otra en el portal.

Jonatán miró al peregrino y murmuró:

—Bendito sea el Señor del Mundo que me dió vida para ver con mis propios ojos a mi señor Yehudá ben Samuel ben Samuel Haleví.

Yehudá dió un paso hacia el vestíbulo.

—¿De dónde sabes quién soy? —preguntó.

—Así como eres, señor, te cantan nuestras doncellas intimidadas

—¿Intimidadas?

—El dédalo de las callejas apretadas de Jerusalén es un ovillo en manos de monjas impávidas y de coquetas hembras del Corán. Nací en Jerusalén, señor. Yo sé.

—Cuando nuestras muchachas lavan la ropa en el río Tajo, cantan de las muchachas de Jerusalén —dijo Yehudá.

—Cuando las muchachas de Jerusalén lavan la ropa en sus lágrimas, cantan de las jóvenes lavanderas del río Tajo.

—¿Ves a muchos peregrinos de Sefarad?

—Con peregrinar a Jerusalén, Israel no vuelve a Jerusalén, señor.



—Lo sé —dijo Yehudá. Su voz ascendió de aquel hondón de la garganta donde cuelgan las lágrimas y su ojo izquierdo se agrandó con un fulgir fátuo.

¿Cuántos años tenemos que esperar aún? —preguntó Jonatán.

—¿Cuántas pepitas de semilla tiene una granada de Jerusalén? —preguntó Yehudá sordamente.

Luego añadió:

—Mañana me vas a enseñar la casa de Jerusalén donde naciste.

Jonatán miró a Yehudá con el brillar del rabillo de sus ojos:

—Tal vez yo sea demasiado humilde para enseñar a mi señor Yehudá Haleví lo que le será dado ver... Tal vez el Señor del Mundo en persona quiera llevar a mi señor Yehudá Haleví...

—¿Cómo se llama tu dueña? —preguntó Yehudá rápidamente.

—La hija mayor del difunto Rabí Eliezer se llama Yojebed —dijo Jonatán y se retiró al interior de la casa.

La tea colocada en el estrado iluminaba a Susana y a Abul Hachchach apostados delante del portal, sin moverse.

—Abandonaré los libros del Rabí Eliezer —dijo Yojebed.

—Yojebed... —musitó Yehudá.

—También abandonaré este nombre —continuó Yojebed—. Me llamaré como tú me llames, señor.

Del estrado penetró al vestíbulo un alarido ahogado.

Yojebed contempló la cara blanca, blanca de Susana.

—¿Qué nombre me darás, señor? —preguntó.

—Ve a tus libros, Yojebed —dijo Yehudá.

—Es costumbre que el amante dé un nombre a su amada —respondió Yojebed—, nombre distinto al que le dió su padre. Si la quiere vender como esclava, no es el padre el que la vende, sino él.

Susana pegó otro grito.

—Ve a tus libros, Yojebed —dijo Yehudá.

—No puedes ir a la ciudad, señor —susurró Yojebed siseando—. La noche se cerró. No conoces los caminos.

Abul Hachchach dió unos pasos vacilantes hacia Yehudá.

—Abul Hachchach acompañará a este forastero —dijo—. Lo acompañará hasta la mitad del camino, hasta que vea delante de sí la ciudad como ve en este instante a Abul Hachchach. Yó lo acompañaré hasta mitad del camino y Jonatán nos acompañará a los dos hasta la mitad de la mitad. Jonatán llevará la antorcha.

—¿Por qué todo eso? —preguntó Yehudá.

—Porque así lo desea Susana —respondió Abul Hachchach—. Para que ese forastero llegue a la ciudad acompañado y solo.

—¿Quién es Susana? —preguntó Yojebed.

Abul Hachchach no contestó.

—¿Quién es Susana? —repitió Yojebed.

—Susana es la paloma que arrulla en el pecho de ese peregrino —gimió Susana.

—La Susana de la que oí hablar en una ocasión, fué una alcahueta —declaró Yojebed—. Por ridícula, no servía para meretriz.

Susana se lanzó sobre el vestíbulo.

—Este palacete erigido en tiempos inmemorables amenaza ruinas, señor —continuó Yojebed. El Señor del Mundo lo hará derrumbarse en cuanto haya dejado de servirte de techo.

Yehudá se acercó a Susana y empezó a acariciar sus bucles abiertos y vaporosos.

Yojebed dijo:

—Las jóvenes lavanderas israelitas del río Tajo le dejarán un huequecito a esta pobre Yojebed, mientras no la vendas, señor.

Yehudá miró, turbado, los dedos anchos y fuertes de sus pies de peregrino.

—¿Por qué no le das la mano a tu hermana? —le preguntó a Susana— ¿No soís hermanas?

—¿Por qué no me das la mano, señor? —preguntó Susana.

—Tal vez sea difícil dejarla después —dijo Yehudá—. Es tan pequeña y tan preciosa. Uno quisiera llevársela a los ojos para borrar con esos deditos serviciales y clementes la pesadilla de la realidad.

—Me dan horror, señor —dijo Susana.

—¿Por haber pecado con ellos?

—Por no haber podido cerrar con ellos los ojos de mi padre. ¿No crees señor, que las yemas de los dedos están hechas para esto? Esta mañana, cuando tú dejaste mi choza, señor, corrí a la tumba de mi padre y traté de cerrar los párpados de las letras que escribieron sobre su lápida.

—Tú y yo, señor, somos como las dos palmas datileras que se yerguen detrás del palacete —clamó Yojebed con gritos como de animal.

—Pero las letras no tienen párpados —murmuró Susana.

—Te vas ensuciando, señor, si sigues hablando con quien hablas —chilló Yojebed.

—Me destrocé los dedos arañando la piedra, señor —gimió Susana.

—¿Por qué no besas a Susana? —preguntó Yehudá a Yojebed—.

Dos hermanas que se abrazan estrechamente sí forman un tronco de árbol, porque pueden estar inmutables.

Yojebed no se movió.

Entonces Yehudá se volvió de nuevo a Susana:

—Cuando cerré con las yemas de mis dedos los ojos de mi padre, ví un espectáculo inaudito. Así como creemos descubrir en la luna montes, valles y ríos, en la pupila turbia de Samuel Haleví estaban dos urbes, una puesta sobre la otra; una parecía llevar a la otra a cuestras, como una hermana mayor transportaría a su hermanita sobre los hombros a través de un tajo. Abajo estaba Toledo en sus murallas y arriba estaba Jerusalén en sus murallas. Las dos ciudades formaban una sola torre fuerte entallada en el medio.

Jonatán apareció con la antorcha para el camino.

—Señor —gritó Yojebed— ¿Me puedes dejar? ¿No me puedes dejar, señor! Señor! no me dejes! ¿No ves como me revuelco en mi amor? Señor ¡te amo! Señor ¡me confundes con esa otra! Esa otra pecó, esa otra es la impura...

—¿Tú no pecaste? —preguntó Yehudá.

Yojebed agarró los repliegues de su vestimenta sombría.

—Quemaré todos los escritos de Rabí Eliezer —gritó gimiendo— y en las llamas bailaré para tí.

Mientras Yojebed adoptó ademanes de una mujer vieja y enajenada, Jonatán iluminó con la antorcha los escalones ahoyados y desmoronados.

Yehudá dejó el palacete.

Se encontró debajo del puente romano cuando oyó la voz inhumana de Yojebed:

—Señor ¡Siéntate en esa banqueta! ¡Mira el aguamanil y la jofaina! ¡Bienvenido seas en mi casa, mi señor! Desprenderé las sandalias de tus pies de peregrino. Besaré tu pie y lo tocaré como se toca una siringa.

Llegados los tres hombres a la mitad de la mitad del camino entre el palacete y la ciudad, Abul Hachchach despidió a Jonatán. Jonatán apagó la antorcha en la arena, en la maleza y las cactáceas.

La oscuridad asaltó a Yehudá y a Abul Hachchach, y sin hablar prosiguieron el camino.

El aire olía de un modo extraño a rastrojo y espigas quemadas.

Mientras que el adolescente musulmán se escurría por la noche como si el suelo no estuviera erizado de obstáculos menores, el hombre de cincuenta y cuatro años daba traspiés.

En ciertos parajes, la negrura parecía formar grandes nubes la-

nudas. La vegetación era parca, pero todo lo que se alzaba del suelo era duro, puntiagudo y hostil. Las espinas de las cactáceas disparaban a los ojos.

—¿Por qué me quieres matar? —preguntó Yehudá de pronto.

Abul Hachchach se detuvo y respondió con voz serena:

—No te quiero matar. Te necesito matar.

—¿Por qué?

—Porque eres mi enemigo.

—¿Por qué soy tu enemigo?

Abul Hachchach reanudó la marcha, pero ya no avanzó más rápidamente que Yehudá. Andando al lado de él dijo:

—¿Sóis iguales que nosotros? No. ¿Sóis peores que nosotros? No. Sóis nuestros enemigos.

Tal vez seamos peores que los demás hombres —dejó oír Yehudá—. Nos persiguen y nos castigan.

—Cuando un hombre es malo —respondió Abul Hachchach— no es perseguido por la muchedumbre. La muchedumbre no arremete contra el hombre malo, sino con palabras. Es el Tribunal el que lo persigue. Pocos hebreos son perseguidos por el Tribunal.

—¿Por qué nos persigue la muchedumbre sin que nos persiga el Tribunal?

—Porque sóis mejores que nosotros. Eres mejor que yo. Eres mi enemigo.

—¿Por qué soy mejor que tú?

—Una paloma en tu pecho te narra arrullando cómo debe ser el hombre.

—¿De dónde sabes ésto?

—Fuí discípulo del muy venerable Rabí Eliezer... “La voz de la paloma que arrulla en los ramajes de mi corazón”...

—Esas palabras las escribí, yo —murmuró Yehudá.

—Lo sé —dijo Abul Hachchach—. Sé lo que escribiste. Nosotros, los creyentes, te llamamos Abul Hasán Alavi.

—Los creyentes... —murmuró Yehudá.

—Sí —dijo Abul Hachchach—. Yo soy creyente, pero tú eres mejor que yo. Eres mi enemigo. ¡Deténte!

Yehudá se detuvo.

—Aquí empiezan los olivos —explicó Abul Hachchach—. Aguza tu mirada en la oscuridad y verás Jerusalén como si estuviese al alcance de tu mano...

Yehudá no respondió.

—...de cuatro dedos —añadió Abul Hachchach.

Los dos hombres respiraron quedamente y sus alientos se mezclaron.

—Dejaré de acompañarte —continuó Abul Hachchach—, y en este lugar dejará de acompañarte todo lo que te acompañó en tierra.

Yehudá se inclinó para abarcar con la vista lo que pudo, de la ciudad.

Algunas ramas de olivo colgaban bajo.

—Soy más fuerte que tú —dijo con voz bronca—. Me defenderé.

—Eres más fuerte que yo —respondió Abul Hachchach—. Pero no te defenderás.

Yehudá quiso hablar, pero las palpitaciones de su corazón ahogaron su voz en la garganta.

—No tienes armas —explicó Abul Hachchach—. Yo llevo un puñal.

—La ciudad está tan cerca —balbuceó Yehudá quejumbroso.

—Muy cerca —comprobó Abul Hachchach.

Yehudá tiritó de frío.

—¡Prepárate! —dijo Abul Hachchach con voz baja.

—Estoy preparado —murmuró Yehudá.

—No —dejó oír el joven musulmán.

Al poco rato añadió:

—¿No quieres orar?

Yehudá respondió lentamente:

—La paloma que arrulla en los ramajes de mi corazón lo hará por mí.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció.

Su cuerpo llegó a extenderse al pie de un tronco de olivo.

Abul Hachchach permaneció aguardando dentro del olivar que se componía de treinta o cuarenta troncos, nada más. Más que un olivar, era una floresta de olivos.

—¿Te acuerdas de la oración para los muertos que te enseñó Elíezer? —preguntó en él algo así como una voz.

—Recuerdo palabras de la última frase —contestó Abul Hachchach a sí mismo —“Aquel que hace la paz en las alturas que la haga también sobre nosotros y sobre...”.

Detrás de Abul Hachchach crujió el suelo.

El joven musulmán ladeó la cabeza sin mover su torso.

El viejo criado Jonatán tocó sus hombros.

—¿Por qué hiciste esto? —preguntó.

Abul Hachchach no despegó los labios.

—Yo ví lo que hiciste —dijo Jonatán— ¿Por qué lo hiciste?

Abul Hachchach pareció ya no querer hablar. Pero por fin dijo:

—Odio a los hechiceros.

—No fué hechicero —respondió Jonatán.

—A Susana la convirtió en un ángel, y a Yojebed, en una meretriz.

—Lo hiciste por celos —dijo Jonatán.

—Las hembras de carne y hueso no me dan celos. Lo hice por Jerusalén. A Susana la convirtió en su ángel, y a Yojebed en una meretriz. Si hubiera entrado en Jerusalén, habría convertido mi ciudad en una ciudad de los hebreos.

Jonatán se inclinó hacia el bulto humano que yacía en el suelo de la floresta. Detenidamente examinó su alta talla. Al fin buscó sus pies de peregrino que se erguían amenazadores hacia las alturas.

—El aguamanil y la jofaina estarán preparados —murmuró—. Mataste al poeta de las generaciones.

—¿Hice mal? —preguntó Abul Hachchach.

Jonatán se incorporó laboriosamente.

—¿Hice mal? —preguntó Abul Hachchach de nuevo.

—No hiciste mal. No hiciste bien. Hiciste lo que tuviste que hacer. El no pudo entrar en Jerusalén.

—Para no convertir mi ciudad en una ciudad de los hebreos.

—Moisés no entró en Canaán. Yehudá Haleví no entró en Jerusalén —dijo Jonatán.

—¡Vuelve al palacete para consolar a las hembras! —mandó Abul Hachchach.

—Entraré en Jerusalén para consolar a Jerusalén —dijo Jonatán.